

para siempre distancia lo que unido vivió en comunión íntima de amor é ideas. Que no le salieran á él con que si el alma, y el más allá, y la resurrección de la carne el Día Ultimo, pues, por dicha, esas y otras músicas obligábanlo á alzarse de hombros, compasivamente, por los que en ellas creían...

¿Sus hijas?... A sus hijas tampoco faltábales, ni en lo negro de una uña; con cubrir apariencias y no rasgar pudores—¡que no los rasgaría jamás!—quedaba el problema resuelto.

Aunque algo muy débil y recóndito trataba de oponerse, de censurar la resolución peregrina, Salvador hizo como que no lo advertía, y volvió á su vivir de antaño, el que todos sus compañeros vivían contentísimos, por lo que con aplauso y aprobación lo recibieron nuevamente en su seno.

Y como en lugar de seguir buscando para su cuadro el alma de la ciudad de reyes y emperadores, de historias y leyendas, detúvose en los lunares de su cuerpo rugoso de años, crímenes y vicios, el alma de la ciudad empezó á huirle, entristecida de que nadie ¡ni los artistas!, la comprendan é inmortalicen...

Y el cuadro abandonado, el cuadro de redención y de símbolo, simulaba dentro del estudio silencioso y obscuro, con su tela blanca, un pobre ciego que, acongojado, pugnara por ver la luz.

IV

—No, si no es que se me haya acabado el cariño, al contrario... es que sin que me pidas á mi padre, yo no quiero que sigan nuestras relaciones...

—Pues hazte cuenta que ya estoy hablándole, no digo al señor tu papá, al mismísimo Santo Padre... Sólo repíteme, pero bajo juramento, que nunca has tenido novio...

—¡Nunca!

—¿A pesar de tu cara y tus hechuras?...

—A pesar de ellas...

—¡A jurar tocan! ¡Júramelo!

—¿Que qué?... ¿Jurar por eso?... ¡Dios me favorezca!— Y entre enseriada y risueña, la interlocutora de Salvador Arteaga, la chica guapísima con quien había tropezado en el tranvía la mañana de su cátedra inaugural en la Academia—hacia unos ocho meses,—separóse de él, á la esquina de su casa, que era hasta donde consentiale que la acompañara.

—¿Nos veremos mañana, Carolina?—le preguntó Salvador sin soltarle la mano, que la otra trataba de retirar de ese principio de caricia.

—¿Y cómo no hemos de vernos si tú me sales al paso en cuanto yo salgo de la fotografía?—le repuso Carolina libertando al fin su mano prisionera. Pero no esperes que sigamos así, Salvador, ni que permita más que te vengas conmigo ¡eso no!... Si es cierto que tanto me quieres—que yo no lo creo ¡conste!—no me busques, ni

me acompañes en el tren, pues mejor que yo sabes que con menos se desacredita á una muchacha, y yo, aparte de otras muchas razones, necesito de mi crédito para no perder mi trabajo...

—¿Yo desacreditarte?... ¡ni por pienso, no faltaría más!... ¿Quieres la prueba? pues echa para adelante y ya me tienes hablándole al señor licenciado!... Y si tu papá consiente, ya estamos casándonos tú y yo, en seguidita, ¡sobre que no pido nada mejor!... Camina, criatura, camina, que van á cerrarnos la parroquia...

Carolina se rió, como siempre reía de la vehemente y pintoresca charla del pintor, cautivada por él desde los principios del asedio, amándolo desde que comenzó á cortejarla en forma, desde que á diario veíanse á causa de la vecindad—Carolina vivía con su padre en la séptima calle del Fresno, más allá de la Alameda de Santa María,—y á diario también se reunían á sus regresos en el mismo tranvía; al salir ella de la fotografía y al ir él á cenar con sus hijas para luego largarse en busca de amigos y trasnoches.

—¡Vaya, Salvador, sé serio alguna vez!—le dijo Carolina con la voz un tanto trémula.—Si de veras deseas hablar con papá ¿cómo pretendes hacerlo hoy, sin explicación ni aviso de mi parte, para que hasta se me empeorara de la impresión? Estas noticias no se dan así, como puñaladas... Prométeme que le escribirás—¡cuando quieras, que á mí no me corre prisa! (*con entonación insegura*,)—y yo te aseguro que hoy le hablo y lo preparo... ¡Solo á mí me tiene en el mundo!—añadió al cabo de rápida pausa triste.

Y Salvador notó que los ojos negros de Carolina, sus encantadores ojos de gacela que á él traíanlo loco, con la luz eléctrica del foco de arco suspendido en la esqui-

na poníanse más brillantes y húmedos que de ordinario, cual si las lágrimas se los invadieran de súbito y, no queriendo empañarlos, se dispusieran á desbarrancarse pestañas abajo...

—Yo hago lo que tú me mandes, Carolina, con tal que me asegures que me quieres un poquito, una miseria, ¿me lo aseguras?...

Alzáronse las pestañas muy poco á poco, hasta dejar al descubierto los ojazos de la muchacha, que ahora, á la dulce caricia de la palabra del artista, ni rastros conservaban de la pasajera pena, antes reían y buscaban los de él, confiadaménte, como los niños.

En esta vez sí que la mano de Carolina, al asirsela de nuevo Salvador, no intentó fugarse, sino que permaneció entre las del pintor sin fingidas repugnancias, quietecita y abandonada, aunque medio fría á causa del viento helado de la noche que soplaba á intervalos, nunca con violencia, pero muy frío siempre. Instintivamente, Salvador se la llevó á la boca y la besó quedamente, como si él, con ese beso discreto y ella con ese consentimiento mudo, ratificaran la mutua promesa. Los tranvías, allá en la esquina opuesta de la calle desolada, pasaban de tiempo en tiempo con lejano ruido, muy iluminados, de vacío los que al centro regresaban, tripuladísimos los que del centro venían. La séptima calle del Fresno, persistía en su desamparo.

—Le hablaré esta noche—murmuró Carolina después de los besos furtivos de Salvador,—y tú le escribirás cuando te parezca. ¡Hasta mañana!...

Y se alejó, serena, erguida, bellísima, quedando su deliciosa silueta hondamente impresa en la retina del artista. Todavía antes de entrarse en su casa, la sombra de su cuerpo provocante ya muy alargada sobre la acera, per-

F. GAMBOA

diéndose en las de la calle próxima, la muchacha volvióse á Salvador y le dijo adiós otra vez, con la mano pecadora que consintió los besos.

El licenciado don Florentino Moralba—padre de Carolina,—que la esperaba siempre, aunque acabaran de separarse, esperábala esa noche con alguna alarma por su tardanza; por lo que no bien oyó que se abría la reja de madera del corredor de la vivienda, gritó desde adentro:

—¿Qué hacías, hija? ¿te ha sucedido algo?...

Con lo que Carolina dilató en ganar la cocina y atravesar las poquísimas habitaciones de la casa, hasta la sala encendida en que el padre achacoso y viejo aguardábala leyendo su libro, tuvo bastante para serenarse, para atribuir la demora al pésimo servicio «de estos eléctricos que caminan según les da la gana á los *motoristas* y conductores», y para ir y besar como de costumbre la pobre frente rugosa del anciano letrado, que á dos manos cogía el juvenil semblante y lo miraba, miraba por cima de los espejuelos montados al extremo de la ternilla ¡los ojos principalmente! con los suyos cegatones y despetañados, sin decirle palabra, inquisitorialmente, procurando aclarar los estragos de un día entero en aquella juventud indefensa y bellísima, que era suya, ¡suya! ¡lo único que las desgracias ni los años habían podido arrebatarse! la que le daba amor y pan, calor y alegría, haciéndolo caminar los cuantos pasos que para transponer el sepulcro faltábanle—con saber que era buena y pura,—como por entre doble hilera de hachones milagrosos que se lo iluminaron todo: el sepulcro, lo sufrido, la enfermedad que lo ultimaba, su vida y su muerte, el ayer de sus trabajos y dolores, y el mañana de descanso y de paz para su alma.

Mientras Carolina fué y se despojó en su cuarto de

RECONQUISTA

sombrero y vestido,—cuarto que sólo con la sala comunicaba y en el que cabían apenas los pocos muebles indispensables que lo llenaban,—don Florentino cerró el libro y la siguió con su vista cansada, por encima de los anteojos, entablado con ella, de pieza á pieza, el infaltable diálogo de todas las noches:

—¿Vienes muy fatigada, verdad?...

—¡Al contrario!—le contestaba la muchacha,—que ni hoy tuvimos mucho quehacer, ni aun cuando lo hubiéramos tenido me habría cansado, ¡ya sabes que soy fuerte!

—Ya, ya lo sé—asentía don Florentino, echando hacia atrás la cabeza hasta apoyarla en el respaldo del raído sillón en que se pasaba la mayor parte de sus horas, y dejando que sus ojos vagasen por las vigas encaladas del techo.

A poco, Carolina, vestida ya con humilde pergeño doméstico—había que cuidar las botas y el traje de calle,—volvió á la sala, á sentarse en silla baja de costura que acercó á las piernas del viejo, entre las que se le acurrucaba noche á noche para charlar y acariciarlo, en tanto que la única criada que podían pagar, les alistaba la cena frugal, de cuyo aderezamiento iban ellos enterándose por lo cerca que la cocina les quedaba: la sartén, hacía gritar sus fritos; la parrilla, flameaba con la manteca, simulando sus flamas relámpagos instantáneos de tempestad diminuta y fingida. Entonces, padre é hija—á pesar de hallarse tan juntos de cuerpo que, inclinándose ligeramente, don Florentino podía besar su cabello castaño ó mirarla hasta adentro de sus ojos ¡muy adentro!, casi hasta donde la miraba cuando niña,—juntaban más sus espíritus, intranquilo el de ella, como el de todas las vírgenes modernas que crecen y trabajan en las grandes ciudades amenazantes, viciosas, irresponsables; adolorido el de él y con cica-

F. GAMBOA

trices por cerrar aún, por mucho que Carolina ignorara á causa de cuáles heridas, nunca por ella averiguadas. Había momentos de éxtasis y silencios—para el viejo muy principalmente, ¡claro!—; en ocasiones, risas, sí, risas que brotaban espontáneamente de entrambos á propósito de cualquier nonada, de un castillo en el aire que por sí propio veníaseles abajo, ó de unas cuentas alegres para mañana, ¡nó el mezquino mañana de veinticuatro horas, que son sólo un soplo, nó, sino el mañana inmenso y lejanísimo—tan lejano que rara vez amanece,—hacia el que se hallan ansiosa y confiadamente vueltos los semblantes de todos aquellos, los más, á quienes sin piedad aflige lo inacabable del hoy que tarda tanto en amortajarse en el agónico crepúsculo gris de los días que se mueren... Y el padre, inválido é inservible, rendía muda acción de gracias á la doncella por él engendrada, y por cuya juventud y cuya fuerza él podía ir rindiendo la jornada áspera que en la tumba termina. Había silencios, desgarradores de puro persistentes y preñados de recíprocas ternezas, que ni el uno ni la otra formulaban para no estallar, al cabo de los cuales los cabellos castaños refugiábanse en los hombros vencidos del anciano, en sus canas, en las arrugas hondas junto á las que de chiquilla se había dormido y soñado con que sería feliz, según prometíanselo, al arrullarla los brazos jóvenes y nervudos del padre adulto, esos mismos labios, ahora temblorosos hasta para besarla y bendecirla...

Con más frecuencia que las risas salíanles lágrimas, que al igual de las risas, confundíanse y engrosaban conforme se perdían sin ruido por entre las canas del viejo y los cabellos castaños de la muchacha, quien, al fin, era la primera en serenarse y en consolar á su padre, dibujando con el gesto y la palabra prodigiosos arcoiris en los que su juventud, por ser juventud, creía firmemente...

RECONQUISTA

—No te aflijas así, padre, no desesperes ni me hagas desconfiar ¿por qué la suerte no ha de cambiarnos?...

Y, profética, poníase Carolina á mirar hacia adelante, hacia la vida que sonriente la llamaba, á par que le galopaba por las venas y por su cuerpo lleno de curvas y vibraciones internas que sólo á medias la alarmaban, por creer que nada malo significarían. Don Florentino, que miraba hacia atrás, hacia ese mismo sendero, cubierto ya para él de recuerdos y zarzas, movía la cabeza negando, negando, y por no desanimar á su hija, prefería clavar la barba en el pecho, entrecerrar los ojos y dejar que la visión de dicha acabase de desfilir por ante la esperanza de Carolina... ¡Mejor que en ella creyese y en ella aguardase, pues bien pudiera ser que la muchacha tuviera razón y que su suerte cambiara!... ¡Acaecen tantas cosas raras!...

Por lo pronto, llamábalos á cenar la criada viniendo hasta la vidriera de la sala, si su humor andaba medianejo, ó desde sus dominios, si estaba de monos. Era de ver la ternura con que Carolina ayudaba á don Florentino á emprender la caminata de las cuantas varas que mediaban entre sala y comedor, y á que no advirtiera, sobre todo, que la tal convertíasele en más dificultosa cada día. Don Florentino, que sí advertía los progresos del mal pero que por su parte procuraba disimularlo, realizaba infructuosos prodigios de vigor y celeridad, echaba á la broma su andar lamentable y vacilante, y sabiendo los dos que se engañaban, persistían en engañarse:

—¡Qué bien caminas hoy, padre, apenas te apoyas en mi brazo!...

—Es que me siento aliviado, cual si las fuerzas quisieran volverme.

Y gastaban un buen rato en atravesar la única habitación que separaba la sala del comedor—dormitorio de

don Florentino,—á obscuras por fortuna para que no delatara la doble mentira piadosa, el rubor de ambos. Callaban, y por encima del piso de ladrillos oíase el arrastrar de los pies del anciano.

Algo reanimábanse en la cena; la chica contaba lo sabido y oído en la calle, en el trabajo; lo que se decía de sociedad y de política y de enredo; extracto del último crimen, del escándalo mundano último, toda la variedad de minucias que preocupan y apasionan á los moradores de las grandes aldeas como México. En sus narraciones, Carolina no apelaba á hipocresías ni eufemismos, y á menos que el asunto fuese de los muy escabrosos en fondo y forma—sólo caso en que mitigaba la crudeza de aquella y de ésta, por afectuoso respeto á don Florentino,—los demás soltábalos con pelos y señales, enfrentándose á las irregularidades y porquerías sociales; denominando por su nombre los horrores urbanos, los pecados ó excelencias de los individuos y de las multitudes. Nada la acobardaba, sabía en lo que el mal consiste y en lo que consisten los peligros; sabía que dentro de la constitución de las sociedades actuales—la de México muy particularmente,—una mujer como ella, agraciada y joven, no cuenta más que consigo mismo para librar la batalla de las horas y de los días, para escapar á acechos y persecuciones, para no dejar que su cuerpo, de todos codiciado, caiga á mitad del arroyo y todos lo pisoteen, luego de despedazarlo á fuerza de brutalidades y lujurias. Sabía que el hombre es, de los machos, el más implacable y astuto para saciar su brama perenne, más mental que fisiológica á causa de su moderna condición de degenerado, de degenerado inteligente y pérfido á cuyo favor se hallan las leyes, las costumbres y las atenuantes en este eterno duelo de los sexos; porque sólo él ha legislado é impuesto las

costumbres y reconocido las atenuantes de que ha menester, á fin de no condenarse á sí propio ante los tribunales de convención y de mentira en los que él ¡sólo él! es juez y parte, fiscal y defensor, jurado y testigo. Y aun cuando en la tribuna ó en el libro habla y defiende á la mujer-abstracción, en cuanto baja del libro ó de la tribuna, es el primero en acometer, el primero en herir, el primero en matar honras y vidas de la mujer de carne y de pasiones, convencido de que si por acaso no lo aplauden y felicitan, sí quedará impune lo que haya hecho, por puro espíritu de cuerpo. Carolina sabía también otra porción de cosas tristes, irremediables, que no han de concluir nunca y que, quieras que no, lastiman á los que riegan con su sudor el pan que comen, siempre que para ello tengan que trabajar en compañía de extraños, que codear al público, y que ir y venir por las calles insensibles, sucias, duras como las piedras de que se hallan formadas. Poco á poco, con espanto primero, con miedo después y con valentía á lo último, había aprendido á deletrear el significado de los ojos que desnudan, de los tocamientos que sonrojan, de las palabras que ofenden y quemán los oídos asustadizos, y las ilusiones y ensueños de las doncellas que defienden sus cuerpos, macizos y provocantes de fruto en sazón, de los hombres que las persiguen, de los galanteos insidiosos, de los cortejos de peligro y de infamia... Era lo peor—¿por qué no confesárselo á sí misma?—que había experimentado el vértigo de la sima sin fondo adonde han ido á parar, y seguirán yendo perpetuamente, el pudor y la belleza de otras mujeres tan denodadas y tan jóvenes y tan lindas, ó más que ella... Sí, la tentación, con sus velludos brazos de ponzoñosa araña gigantesca había tratado de asirla, la había asido y enredado en su tela potente é invisible, maniatándole

voluntad y rectitud; había estado á punto de caer, sin que todavía, al tanto tiempo de conjurado el riesgo inmen-
tísimo, supiera á ciencia cierta á qué ó á quién debía el haberse salvado: ¿al esfuerzo físico y casi sobrehumano que nos obliga á echarnos atrás de los precipicios á que nuestro temperamento ó nuestra desgracia nos empuja sin misericordia, ese esfuerzo que nos hace permanecer en tierra firme—¡cuando ya un pie pisaba el vacío y nos sentíamos con el equilibrio perdido!—aunque sea derribados, jadeantes, aterrorizados de las profundidades entrevistas, y cogidos á la rama ó á la peña que nos desgarran las manos y las ropas?... ¿Lo debería á que Dios—Carolina era creyente y observante,—condolido de su desamparo, sólo hubiese querido amedrentarla y precaverla contra futuras y más peligrosas tentaciones?... ¿O debería á que su madre—desaparecida tan temprano que para recordarla corporalmente tenía que apelar á una fotografía borrosa é imperfecta, y á las nebulosas de sus recuerdos que muy de vez en cuando, medio precisábanle esta facción y aquella terneza, terneza y facción más borrosas aún que el retrato antiquísimo, y por antiquísimo, mentiroso,—cuidaba de la hija huérfana, desde allá... bueno, desde donde ahora se encontrara?... Y era lo trágico que en las ocasiones en que una de estas tres causas, ó las tres reunidas, habíanla librado de un derrumbe, para no apagar de un soplo parricida la flama agonizante que mantenía vivo al padre inútil y desgraciado, Carolina no podía ni narrarle el sucedido, ni dejar que los ojos sin vista casi del valetudinario, adivinaran su pánico y emoción, sino antes mostrársele plácida, confiada y serena cual siempre, como cuando niña; que como cuando niña deseaba conservarla el pobre viejo enfermo, aunque él también supiera que ello era imposible, que la

vida es la más fuerte y que las energías mejores, los más firmes propósitos se doblegan y desgastan y al fin sucumben, en la lucha que ella nos fuerza á librarle para que sigamos viviéndola!

De ahí que el anciano letrado cogiera noche á noche el juvenil semblante y lo mirara con sus ojos cegatones y despeñados, sin decirle palabra, inquisitorialmente, viendo de averiguar los estragos de un día entero en aquella juventud indefensa y bellísima que le alimentaba su cuerpo, vencido de años, y su espíritu, vencido de penas.

Porque hay que convenir en que la contribución de don Florentino para el común sustento, á más de insegura, era ya de suyo muy pequeña cosa: lo que buenamente le pagaban sus «clientes» de hoy, unos cuantos indios de por San Agustín de las Cuevas—según ellos y él persistían en denominar Tlálpam,—donde por añosas herencias turbias eran los tales, terratenientes siempre en pleito por una parcela de consideración en que sólo sembraban ardides para con ella quedarse exclusivamente los litigantes de ambos bandos, y de la que sólo cosechaban odio y enconos. Un pleito de generaciones, por un extenso pedazo de tierra sin arar de lustros atrás, sin producir ni un grano ni una flor, montuoso y estéril, que se disputaban con mayor tesón que si de vena metálica se tratara. Mas como los litigantes, conforme el litigio se enredaba con el correr de años y el multiplicar de añagazas y recursos jurídicos, venían á menos, ya no pagaban honorarios ni costas de tribunales y patronos, sino que celebraban pactos de *cuotalitis*, por saldar el día de la adjudicación y triunfo, limitándose entretanto, y muy de cuando en vez, á obsequiar á su licenciado con hortalizas y aves de corral cebadas,

que en persona llevaban desde el cortijo, después de haber estado anunciándolo y anunciándolo con anticipación exagerada. Y mientras don Florentino conservó en su biblioteca—que contemplaban ellos agrupados y viendo los libros de reojo, cual á bestias dañinas,—mientras poseyó aquella su enorme mesa-escritorio de caoba y su abacial sillón de cuero, el tintero de plata quintada, con bandeja y salvaderas; mientras don Florentino no se fué abajo, sus clientes mimábanlo de palabra y regalábanlo de obra, nunca muy liberalmente ¡nó!, pero sí mucho más á menudo de lo que ahora solían por interés de que les devolviese el voluminoso expediente en que cifraban todas sus codicias, antes que por tener grato al letrado, que en polilla y ruina habíaseles convertido. Pero lo que don Florentino les decía á cada ocasión en que los otros aportaban por su vivienda, diz que en són de paz y muy apesadumbrados porque su defensor ya ni á sí propio pudiera defenderse:

—Entrego el expediente ¡ya lo creo que lo entrego!, mas siempre que transijamos y me indemnicen siquiera de la cuarta parte de estampillas y sellos costeados por mí... ¿Se acepta?... Para que en seguida saquemos la cuenta, y otro, con mejores cuartos que yo— ¡poco se ha menester!—les gane á Uds. su pleito y él se aproveche de lo que ustedes conceden al que les saque el buey de la barranca...

¡Quiá! Los indios no oían por ese lado; y entre diminutivos y cazurrerías intentaban ablandar al abogado: ellos eran unos pobres labriegos, y, si pedían sus papelitos, el pedido obedecía nó á desconfianza, nó, ¡cómo habían de desconfiar del señor licenciado!... Obedecía á que otro señor, de letras también, y de libros y escrituras, teniales garantizado el triunfo para muy luego; entonces liquida-

rían al señor licenciado de lo que gastado y estudiado había en su negocio. Don Florentino hubiera cedido ¿qué esperar de gente fan ruín y sórdida?... pero una especie de pudor, menos profesional que masculino, estorbóselo siempre que á punto de ceder sentíase. Bien ó mal, aquello lo ocupaba, lo hacía hojear códigos, escribir, aunque trabajosísimamente, memoriales, comparencias y respuestas; abocarse con el patrono de los contrarios; presidir á juntas y proyectos de arreglos amigables; engañarse á sí mismo respecto á su situación de inválido, que sólo molestias origina; no ruborizarse delante de su hija, y, más que nada, tener un pretexto para seguir viviendo y no pegarse un tiro ó apurar un tósigo, á fin de librar á Carolina de esa pesada carga que los sepultureros reclamaban como una propiedad extraviada...

Carolina, luego de cenar, levantóse en busca de *El Tiempo* que noche á noche le compraba y noche á noche le leía, de sobremesa, si es que no iba á interrumpirlos en su lectura comentada y aun discutida, la familia cubana que habitaba en la vivienda frontera, con la que habían trabado muy buenas amistades, y que se componía de tres miembros: el marido, Pepe Díaz de Posada; la mujer, Remedios B. de Posada, y la hermana del marido, señorita Virtudes Díaz; gente afable y hospitalaria, perennemente trinando los tres contra la dominación española de su isla, por suertealzada en armas contra los opresores seculares y muy apoyada en su alzamiento por el pueblo y el gobierno de los Estados Unidos—según Pepe Díaz se lo demostraba á don Florentino y Carolina,—fundándose en periódicos y cartas particulares que les declamaba entusiasmado, alta la voz y teatral la apostura. Por lo pronto, andaba Pepe Díaz procurándose la ciudadanía mexicana y lamentando el que

su ingenio de azúcar, talado y sin zafras, les impidiera vivir y pasársela cual siempre habiánsela pasado, tan ricamente. Remedios, aunque no vieja, hallábase un tantico ajamonada, encontraba frío el clima de México, y apenas si salía de la vivienda ni para ir á la de los vecinos. Virtudes, en cambio, no obstante ser algo mayor que Carolina, hizo excelentes migas con ésta y nunca faltaba á la visita en unión de su hermano, deslumbrada lo indecible con que Carolina trabajara como trabajaría cualquier hombre: á horas fijas, á sueldo mensual, y lo mismo nublado que sereno. Virtudes no era fea.

Aquella noche, sin embargo, no daban los cubanos señales de vida—sin duda no estarían en casa,—y Carolina desplegó el enorme periódico.

—¿Te leo?...—preguntó á su padre.

Y ante el asentimiento de éste, que enclavijadas, apoyó sus dos manos en el borde de la mesa, sobre el mantel, Carolina dió principio á la lenta lectura tediosa que el anciano escuchaba con interés reconcentrado. Carolina no podía leer, saltábase los renglones, se pasaba de una á otra columna, se inclinó más, encima del diario, subió un tanto la mecha de la lámpara: era que no sabía dónde trincar la lectura ni en qué terminos confesarle al padre la resolución de Salvador.

—¿Qué te pasa, mujer, estás cansada ó qué?—le preguntó al fin don Florentino, que no lograba tomar sabor á lo que oía.

—Es...—dijo Carolina volviendo las extensas hojas del periódico, que se juntaron con apagado rumor de volar de pájaros pequeños,—¡es que mejor quisiera hablarte, padre!...

—¿Que mejor querías hablarme?...—como un eco, repitió don Florentino, enderezando trabajosamente su busto

vencido y arrastrando sus pies casi muertos, por los ladrillos del piso.

Después de una pausa cruel en la que arrugó los párpados y le tembló mucho la barba, en que idolátricamente contempló á su hija (que ahora miraba el corredor oscuro al través de las cortinas de la vidriera cerrada), sacó con violencia su pañuelo, y quién sabe qué lágrimas vergonzantes y fugitivas se enjugaría tan de prisa para que ella no las advirtiese... ello es que algo se limpió de los ojos despestañados, y en seguida agregó, tristísimo:

—¡Ya sé lo que vas á decirme, ya lo sé!... ¡hace muchas noches que espero el anuncio, muchas!... ¿Lo quieres tú? ¿crees que te conviene? ¿le dijiste ya que eres pobre, y desgraciada, y huérfana?...

Y sollozando como un chiquillo, dió con su frente en los manteles, en los que su cabeza encanecida, al ir y venir de un lado para otro á causa del irregular y precipitado ritmo de los sollozos, parecía decir que no ¡que nó!, antes de rodar para siempre desprendida del tronco, por debajo de la mesa y por debajo de la tierra, en que á la fuerza pararía.

—Todo se lo he dicho, padre—repuso Carolina resuelta,—y yo lo quiero sin saber si soy la que á él le conviene, á pesar de todo eso que tengo en mi contra y que tú acabas de señalarme...

—¿Tú, lo quieres?—interrumpió don Florentino incorporándose y volviendo de prisa á enjugar sus lágrimas,—¡pues con eso basta! Cuanto á mí me ocurriera predicarte, sería ocioso, que el querer no atiende á prédicas, y es únicamente echarle leña al fuego... Cásate y seas feliz, cual lo mereces, pues la sola dote de que me es dable proveerte, mis bendiciones, tiempo há que vengo dándotelas, sin enterarte, seguro de que te servirán, ahora y más tarde,

¡siempre!... Era un caso previsto—continuó al cabo de breve pausa y como si consigo mismo hablara,—no me había olvidado de tu juventud, ¡no!, ya sabía que había de jugarme esta pasada, ¡por supuesto que lo sabía!... Y conforme te hermo seabas y crecías, ya sabía yo que no crecías ni te hermo seabas para mí sino para el otro, para éste, sea quien fuere, para el extraño que había de hacerte vibrar y cumplir con la ley despiadada del abandono y del olvido... ¡Sí, sí, del olvido!... no me interrumpas, que yo también olvidé á mis padres, y tus hijos, ¡tus hijos! te olvidarán á ti y á él ¡no creas que en un solo corazón cabemos tantos!... Los viejos tenemos que irnos, queramos ó no queramos ¿no ves que por eso es regla que nos muramos antes que los jóvenes, para no estorbar ni ocupar un sitio que pertenece á los que nos siguen?... Y así está bien, es lo natural y es lo justo: el que ya vivió, que se marche, que parta y deje el campo á las espigas nuevas que esmaltan la sementera inmensa de la vida enderezándose lozanas y llenas de la savia que á nosotros, las cañas secas, se nos ha concluído! ¡Nosotros al polvo, y ustedes de frente al sol!... ¿Y sabes por qué ni quejarse puede uno de ingratitud tamaña?—siguió el viejo, sereno, y contemplando á su hija, que, muy conmovida, mirábalo y escuchábalo,—¿sabes por qué? Porque tan corto es el vivir de las espigas como el de nuestras vidas... ¡por eso!... Y porque tan indispensable es, para que el mundo exista, que haya siempre espigas nuevas produciendo granos, como que haya nuevas vidas que produzcan hijos!... Y dado que sabemos, por mucho que jamás nos lo confesamos, que apenas hemos de durar una estación, si es que acaso la duramos, no vemos á los caídos ni á los muertos, vemos á nuestro vecino, á nuestro igual nacido ayer y tan enhiesto y fuerte cual nosotros; y (*aquí don Florentino abrió sus brazos temblo-*

rosos y débiles, ampliamente, con ademán noble que abarcaba en su integridad el prodigio del renovamiento,) las espigas, sin que nadie las acerque, por sí solas juntan sus tallos y sus penachos al calor de los soles de estío y á la tibieza de las noches silenciosas, y las juventudes, aunque se trate de distanciarlas, por sí solas se encuentran y reunen, para amarse al calor de su cariño y de sus besos...

Calló don Florentino y Carolina no rompió ese mutismo, habituada desde niña á este poético y filosófico lenguaje de su padre cuando se enfrentaba á los grandes problemas, con el que ella se embelesaba por lo que delicadamente la hería en sus fibras sensibles de mujer lanzada de muy temprano á ganarse el sustento en un medio corrompido é ignorante, donde la mayoría de los hombres no se preocupa por problemas grandes ó chicos. Por un instante, ni uno ni otra se miraron; sin duda perdido cada cual en sus pensamientos propios; en los del amor, Carolina; don Florentino, en los de la muerte: ¡los dos problemas más insondables de la vida!

A un tiempo rompieron ambos á hablar, cuando á ello se decidieron; don Florentino, para que le pormenorizaran quién era el intruso, y Carolina, para convencerlo de que no lo abandonaría:

—Es una de las condiciones que desde un principio le impuse, y á la que él accedió...

Don Florentino, escéptico, no aprobaba el que ella hubiera impuesto condiciones, ni menos que él, el novio, á ellas hubiese accedido tan pronto, sin siquiera conocer de vista al suegro, y hablarle y saber por sí mismo qué clase de sujeto sería.

—El que tú hayas impuesto condiciones, tiranía acusa de tu parte, si es que lo quieres, ó abuso de tu sexo, si no lo amas. Y la pronta aceptación suya, revela ansia de

adueñarse de ti á cualquiera costa, aunque á reserva de cumplirte ó no, después, las promesas que hoy le arrancas... ¡Lo que me obliga á temer que no se amen!...

—¡Yo, si—lo interrumpió Carolina enérgicamente,—yo sí lo amo, padre, más que él á mí, desde ahora lo palpo!...

—Entonces, ¿por qué vas á él?...

—Pues... por eso, ¡porque lo quiero!... Bien pronto lo conocerás, ha resuelto escribirte y tendrás que recibirlo y con él entenderte; pero antes, déjame retratártelo, describírtelo más por de dentro que por de fuera. ¡Oye!...

Y Carolina dió principio al retrato moral de Salvador, según ella habíasele supuesto; muchos rasgos exactos, ¡exactísimos!, asimismo varios falsos, idealizados por el cariño que la cegaba y desde los comienzos del asedio la empujaban más y más hacia el artista descuidado de su pergeño é individuo, pero cautivante como hombre, por su modo de pensar y de expresarse; por su independencia de hábitos, su repugnancia á sujeciones y convencionalismos, á hipocresías y fingimientos; su pleito jurado á lo grotesco y á lo innoble; su manera peculiar de considerar la existencia de él y la de ella, la existencia de todos y de todo; su culto por la belleza, su culto por ella, por Carolina, á la que apellidaba con nombres italianos que sonaban dulcísicamente, y á quien prometía marcos de amor y dicha, cuando los dos, en la soledad relativa de las calles que cruzaban juntos y con las manos enlazadas, deteníanse para mirarse en los ojos y para que le prometiera todo eso que ella no sabía repetir y que él explicábale con su voz acariciadora de varón joven y fuerte, que quiere y jura querernos mientras una se lo permita y corresponda... Todo eso que compensaba á Carolina de sus horas de labor en la tienda, de los instantes de desaliento

en calles y plazas, de sus noches de llanto pasadas ahí, en su dormitorio, con sollozos sofocados para que don Florentino no la oyese llorar, sino que la creyera dormida y feliz soñando con su idilio, con el idilio de que todas las muchachas ¡aun las más pobres y desventuradas! han menester, á fin de que su juventud y su belleza no se deshojen y marchiten en el desamor y en las lágrimas. Y cuando el idilio apuntó, con Salvador, á ella la ganó un miedo irrazonado de que la buscara y persiguiera con malos fines; y propúsose resistirle, no dar oídas á sus ruegos ni corresponder á sus miradas ni prestar atención á sus suspiros, que, regularmente, suspiros, miradas y ruegos serían fingidos y engañosos, como por lo general lo son los de todos los hombres que persiguen á las muchachas pobres y trabajadoras cual ella, si saben que carecen de vengador y apoyo...

Sin perder ripio ni gesto, escuchábala el viejo, casi trágico de palpar todo lo que su hija sabía y callaba; de palpar lo expuesta que se habla hallado luchando sola por el sustento de ambos, por el suyo principalmente, que, por inválido é inservible, no le prestaba el apoyo reclamado por su juventud, ni habría podido vengar la afrenta irremediable que por tanto tiempo amagara su provocativa carne de doncella desamparada en medio de una sociedad tan sin entrañas ni conciencia para tender la mano á las vírgenes estoicas que no quieren caer, ni pecar, ni perderse en los barriales de las aventuras galantes que para siempre infaman, ni en los cienos de los amores fáciles que para siempre estigmatizan.

Conforme Carolina—engolfada ya en las confidencias—continuaba su relato con detalles y colores más vivos cada vez, extraídos del manantial inagotable de su memoria, invadía al anciano una inmensa admiración respetuosa

hacia el valor y virtud desplegados por aquella criatura sangre de su sangre, sol de su alma, y bella y frágil como cuando chiquilla, es decir, como cuando ayer, ¡que ayer no más había cesado de serlo para transmutarse en esa mujer que ahora hablábale del bien y del mal con perfecto conocimiento de lo que el uno y el otro significan! Y conforme la escuchaba, respetuoso é idolátrico, por sus adentros ¡muy hondo! reabriábase la herida interna que nunca habría de confesarle á ella: la fuga vulgar de la madre de Carolina, con un amante cualquiera, en épocas en que Carolina, todavía en la cuna, parecía haber traído al matrimonio la bendición de los cielos...

Mentalmente, mientras su hija narrábale con copia de detalles, cual buena enamorada, la entera historia de sus amores con Salvador, don Florentino inculpaba á la adúltera, hacíala responsable única del desastre de su vida, de esa enfermedad de él, que desde muy temprano tenía crucificado en aquel sillón, con los miembros paralizados; hacíala responsable de esa orfandad de la muchacha, á la que no era fácil substituirle la vigilancia materna que sabe asomarse á los corazones de los hijos y apartarlos de los peligros, que sabe aminorar los golpes que á la fuerza todos sufrimos, y endulzar las penas con el maravilloso bálsamo que sólo las madres poseen para curarnos hasta de los daños remotos que han de abatirse sobre nosotros cuando ya ellas hayan sumergídose en el sepulcro y en la muerte. Milagro, y patentísimo, antojábasele al anciano letrado que Carolina aún se hallase sana de espíritu y salva de cuerpo. Y convenía con ella, en lo que ella le decía sonriente y casta:

—¿Sabes por qué Dios ha querido que nada me suceda hasta hoy?... pues precisamente porque ando sola, sí, y lo mismo que he aprendido, por ejemplo, á defender mi cal-

zado y mis ropas del barro de las calles cuando llueve, del barro que es fuerza que pise para caminar, así he aprendido á defenderme también, instintivamente, del barro otro en que las calles abundan aunque no llueva, del barro que abunda en todas las ciudades del mundo y que también tenemos que pisar, queramos ó no, so pena de quedarnos encerrados en nuestras casas condenándonos á morir de hambre... ¿Acaso no sale uno cuando llueve? ¿acaso no te mojas tu vestido, por mucho que lo defiendas, y no te ensucias los zapatos al cruzar por entre los charcos impuros del empedrado? ¿verdad que sí?... Y, sin embargo, te resignas, y te alzas tu ropa, y al regresar á tu casa pones á secar el vestido y te pones tú mismo á restregar tus zapatos hasta que quedan libres del barro inevitable y pegadizo que no te fué dable evitar, no obstante tu esmero por conservarte limpio... ¿Puede alguien censurarte, decir que eres una persona sucia que gusta de manchas? ¿á que no?... Pues ahí tienes mi caso, padre, alguna vez habías de saberlo, ya que ¡á Dios gracias! nada hay que me remuerda ó enrojezca; de ahí me viene esta triste ciencia prematura sobre lo que la vida y las sociedades nos reservan á las muchachas pobres; de ahí que sepa lo que los hombres nos piden con los ojos, y lo que la suerte nos depararía si, por atenderlos, nos descuidamos; de ahí que hasta hoy á ninguno haya querido ¿por qué quererlos si son nuestro enemigo eterno é irreconciliable?... ¡Ay, padre, tú no sabes cuánto nos enseñan las calles y sus peligros, sus charcos y sus lodos!...

Por instantes, Carolina enmudecía para tomar aliento y seguir extrayendo del pecho la historia de su calvario, de su lucha callada y sostenida; su lucha de las horas y de los días; esa pena acumulada año tras año que á nadie había revelado; ese diario batallar contra el hombre

perseguidor, traicionero, múltiple y cobarde, que, amparado por las leyes, por las costumbres, por la fuerza y por el dinero; amparado por el universal encogimiento de hombros frente á las vírgenes que al tropezar acosadas por él, caen y dejan de serlo, acecha y persigue la carne dulce y sabrosa de las mujeres desamparadas que no pueden, ó no saben, ó no quieren defenderse — pues al fin y al cabo también son hechas de barro y de pasiones que á las veces triunfan de la voluntad y las empujan,—y tremantes de deseo van á parar entre los brazos del macho, que, antes de saciarse, aparece rendido, y, luego de saciado, tiránico y sin entrañas.

Escuchaba don Florentino, escuchábala inmóvil, con una rigidez doliente, sus ojos cegatones, muy arrugados, para que no se escapara de su retina la amada imagen de la hija que le confiaba sus angustias, las que previstas y conocidas, no habíale sido dable evitar, por su mísera condición de viejo y de impedido. No la interrumpía, ni en sus breves silencios, en los que ambos se oían el mutuo latir de sus corazones desgraciados. Lo que hizo fué extender su mano rugosa y descarnada, hasta que en ella se posaban y volvían á posarse las dos de Carolina, coquetamente cuidadas, suaves y con hoyuelos,—según las exigencias del discurso que reclamaba en algunos pasajes un ademán explicativo, en los aires,—y con lentitud se la acariciaban prestándole calor delicioso de cariño y mimo. En tanto, de los labios color de granada de la doncella valerosa, continuaban brotando muchas cosas despiadadas, muchas reflexiones tristes, muchos aprendizajes arriesgados, y sin que don Florentino ni Carolina la formularan, continuaba imponiéndose la conclusión tremenda de que al contacto del prójimo, que debiera de ser el esposo ó el hermano, al contacto del semejante que debie-

ra de sostenerlas, la virginidad moral de una mujer se marchita y perece, así el cuerpo logre no ceder nunca... lo que es el resto se pierde, y sólo quedan unas cuantas vírgenes á medias, que todo lo saben, que todo lo ven y que todo lo oyen...

Agobiado, don Florentino, murmuró en uno de los silencios de su hija:

—¡Yo rezaba por ti!...

—¡Y aquí me tienes, padre, sana y salva, por tus rezos y por los míos!—gritó Carolina, fervorosamente, convencida de la excelencia infalible del remedio por ambos empleado, besando repetidas ocasiones la mano descarnada y rugosa que ahora simulaba, junto á la boca suya, araña velluda y torpe que tratase de tejer su tela en la jugosa pulpa de fruta madura.

—¡Dime quién es él, lo que hace, lo que te ha prometido!... no es para oponerme á nada, supuesto que ya tú lo elegiste—murmuró sumisamente don Florentino, con la patética sumisión de los padres que reciben de sus hijos el sustento y saben para sus adentros que, así lo pretendieran, carecen del derecho de oponerse abiertamente á lo determinado por ellos, sobre quienes ya no ejercen más patria potestad que la súplica y el ruego.

Aquí, Carolina, muy encarnada, le contó que Salvador era viudo, con dos hijitas; que vivía de sus pinceles, con los que ganaba mucha honra y provecho; que era, además, profesor ¡en la Academia de San Carlos!, y que los periódicos se ocupaban de él muy á menudo...

—Sólo un defecto le he encontrado—añadió después de pausa brevísima,—que no tiene religión ni en nada cree...

—¡Y á pesar de eso?...—preguntó don Florentino inquieto, sin terminar su frase.

—¡Por eso más que por nada, padre, pues se me ha medido que yo, con modo, haré que se convierta!

Callaron ambos; más meditando, sin embargo, don Florentino que su hija. Al cabo del penoso silencio, don Florentino exclamó tendiendo el brazo, cual si apartara de la cabeza de su hija una tempestad amenazante:

—¡Ojalá y lo consigas!...

Para borrar la mala impresión, Carolina agregó á su padre que el mismo Salvador, las veces en que hablaban de esto, con graves censuras y congojas de la parte de ella, tenía dicho que le faltaba «algo» en su vida; por lo que Carolina confiaba en proporcionarle ese «algo» cuando se le diera en alma y cuerpo, como se le daría, salvo que él, don Florentino, se opusiera al enlace, luego de conocerlo y de tratarlo.

—Yo sé que de estas cosas, Uds. los hombres no gustan; que una debe confiarlas á su madre ¡ya lo sé!... pero yo, que únicamente á ti te tengo y á ti te he tenido desde niña, ¿á quién querías que se las confiara?... ¿Te has disgustado?... ¡Háblame, padre!

¿Cómo había de hablarle tan de seguida, si en la garganta anudábansele palabras y lágrimas?... Habría sido preciso que comenzara por declararle que sí tenía madre, allá, ¡quién sabe en dónde!, en uno de esos charcos que ella había atinado á cruzar manchándose apenas el calzado y la orla de sus vestidos, y en el que la otra había caído hacía muchos años... casi todos los que Carolina contaba; razón por la cual él habíala dado por muerta, prefiriendo que Carolina creciese creyéndose huérfana de verdadera madre y no la hija de una desgraciada. Y ya que la piadosa leyenda no se la destruyeron; que el imaginario sepulcro seguía en el sitio remoto en que él lo colocara, muy lejos, en los confines del país, desde que Carolina princi-

pió á interrogarle acerca de punto tan delicado; ya que, filialmente, Carolina aplicaba rezos y cirios por el descanso de la que á él habíaselo arrebatado para siempre, no se sentía con el ánimo de desengañarla y también destrozarle esta ilusión que por milagro perduraba entre los restos de tantas otras desterradas de su juventud, por la maldad de las calles y por el trato de los hombres. Que siguiera en su ignorancia rezando por la que debiera de aconsejarla y de sortearle los peligros opuestos á su inseguro andar de muchacha sin experiencia; por lo que, realizando un esfuerzo grandísimo, carraspeó, á fin de que las lágrimas no le subieran hasta los ojos, ni la melancólica verdad hasta los labios, y atrayendo su cabeza, su lindo rostro inquieto, por lo pronto la besó mucho, mucho, como cuando niña, y luego, mirándola de lleno, le dijo:

—Vaya, no te atormentes con ideas tristes, ¡bobal!... ¿por qué había de disgustarme?... Lo que sucede es que por más que esperara esta confesión tuya un día ú otro, ahora que la he oído, me dolió de oírla... pero, se concluyó, ¡ea!, que venga en buen hora ese señor, y que te lleve, sí, que te lleve á ese cielo que todos hemos prometido y en el que á tu edad es fuerza creer, porque á tu edad de veras existe...

—Pero, padre—insistió Carolina,—si ya te dije que él no me apartará de tu lado, que viviremos juntos todos... ¿Qué ibas á hacer sin mí?...

—En efecto, ¿qué haría sin ti?...—repitió el anciano letrado, como un eco.

Y para no enzarzarse de nuevo en la charla, dieron por terminada la secreta sesión, echándole la culpa á la lámpara de petróleo que comenzaba á querer extinguirse por falta de combustible.

Al igual de todas las noches, Carolina, casi en vilo, con-

dujo á su padre hasta la cama, á cuyo borde se sentaba el viejo, diz que á desnudarse, aunque por impedido, la que ejecutaba faena tan sencilla era su hija, pero fingiendo que sólo lo ayudaba para que él creyera que aún podía valerse á sí mismo, que no lo ayudaban por inútil, sino por exceso de cariño filial.

—Anda, saca el brazo, despacio, despacio... ¿quién te corre?... Agáchate ahora ¡ah, ah!... Cógete de mi cuello, sin miedo, eso es... Ahora, á dormir, á pasar muy buena noche, sin toser ni volverse para un lado y otro, que te oigo muy bien... Persígname y dame la mano... ¡Hasta mañana!

De rodillas casi, para que el anciano no se desabrigara, noche á noche recibía la chica la persignada solemnemente que lentamente dibujaba su padre, como infiltrando en ella las palabras consagradas, para que más fuerza tuvieran:

— ... «de sus enemigos, ¡líbrala, Señor!...»

En seguida, Carolina besaba la mano trémula que, todavía en el aire, conservaba la señal de la cruz; subíale el embozo de las sábanas; le apagaba la vela y, después de encender en la sala diminuta la lamparilla de aceite que velaba la entera noche ahuyentando la tiniebla pavorosa de entrambos dormitorios, volvíase á contemplar á su padre, apelotonado bajo la colcha por escapar del maldito frío de los años, mayor que el de la vivienda, aunque fuese invierno, y le decía:

—Si algo te ocurre, me gritas ¿eh?, que ya sabes que tengo el sueño muy ligero...

Y luego de escuchar los vulgares ronquidos de la sirvienta, tumbada en su petate, allá, en la obscura cocina, encaminábase á su habitación, en la que (antes de corresponder á Salvador, y de anunciarle á su pobre viejo la re-

solución irrevocable de entregársele por vida, previos matrimonio y consentimiento del matrimonio,) ¡cuántas noches, Dios mío, cuántas noches, concluida la filial comedia y sin testigos ningunos, dolíase de sí misma, de su porvenir y de su presente lleno de peligros en los que no quería caer ¡no, no y no, primero muerta! y los que, sin embargo, la inspiraban terrores de que algún día, mañana quizá, pudieran más que ella y le estropearan para siempre su juventud y su belleza que apareciendo iban tentadoras y soberanas, hasta junto á su propia contemplación y su propio tacto inocente, conforme las prendas que se las defendían y ocultaban iban amontonándose á sus pies, hasta el instante—un instante rapidísimo y que ella más abreviaba porque experimentaba miedos y vértigos, cual niño que condujese una fuerza ciega á punto de estallar,—en que al meterse dentro del camisón de dormir, á la mustia luz de la vela, veía su cuerpo, (como si se lo alumbraran relámpagos que en la casta estancia entráranse durante las fragmentarias desnudeces de la indispensable maniobra prosaica,) bello, bellissimo, vibrante y tímido, con curvas y redondeces de ofrecimiento y holocausto, con encogimientos y recatos pueriles para sus propios ojos de animal asustadizo y débil, próximo á fugarse.

Entonces—antes de su idilio con Salvador,—cuando al cerrar los ojos para no recrearse pecaminosamente en su desnudez de hembra como todas conformada para el acoplamiento y la maternidad, sólo veía en sus adentros á un hombre, á otro hombre, á muchos hombres, ¡á todos los hombres!, desnudándola en plena calle con la fijeza lúbrica del mirar, envolviéndola, de lejos ó de cerca, en huracán de apetitos y deseos que le quemaba el semblante y le echaba á galopar la sangre por las entrañas de su cuerpo; que la obligaba á doblar la cabeza, cual madre-

selva azotada por vientos cálidos; entonces, asomaba la mística que en sus interiores escondíase, y caía de rodillas, al borde del lecho virginal y sin adornos, de muchacha pobre, hundía la testa principiada á despeinar, y, muy quedito, á fin de que su padre no la sintiera y se asustara, poníase á llorar, á apartar las tentaciones de ese día, las del siguiente, las de cuantos su suerte le reservara todavía sin amor; poníase á llamar, con el pensamiento y no con los labios secos que máquinalmente barbotaban conjuros y plegarias, al Esperado, al marido que amorosamente la condujera, sin infamia para ella, á ese paraíso de los amores cuya existencia sabía, porque al oído, á gritos, en voz natural de confidencia ó de consejo, decíanselo sus amigas y compañeras de trabajo que por el buen camino, ó por el camino reprobado, entraban en él y de él salían con placenteros rostros y con rostros trágicos, según; porque ese paraíso, prometíanselo los hombres, sus perseguidores, y á ella teníanle advertido que de hombre se necesita para penetrar en el mágico recinto, tan distante y tan próximo á un propio tiempo, conforme se resuelva uno á conocerlo; porque se lo decían las calles, los edificios, los árboles de los parques, las personas que caminaban á pie y las que caminaban en carruaje, los pobres y los ricos, los que la codeaban riendo y los que la esquivaban llorando; porque la ciudad entera, concupiscente y libertina; su cielo, cuajado de estrellas ó cuajado de sol; su aire sutil, sus piedras y sus rincones—á ciertas horas muy particularmente,—parecía condensarse en las parejas que se dejaban ver y en las que se adivinaban dentro de los cafés, dentro de los teatros, dentro de los edificios cerrados y silentes, las casas patricias, los hogares respetables, las mancebías discretas... la entera ciudad que parecía condensarse en la pareja eterna que en la Bi-

blía principia y no ha de concluir sino con los estertores de la agonía de la última mujer y del último hombre.

Todo empujaba, dulcisimamente, al amor y al beso, hacia el Instante solemne de la sacrosanta conjunción de los sexos, que, para realizarla fueron exclusivamente creados; todo empujaba, el ejemplo ó el recuerdo, la vista ó el oído; todo empujaba, la propia juventud y las juventudes masculinas, que se ofrecían y que llamaban... Y Carolina, que sabía todo eso, apresuraba sus andares, amordazaba el deseo, para ella criminal, que le palpitaba y le nublaba la vista; cortaba por las calles solitarias, como su corazón que se le quejaba de tiranía tamaña, y se ponía á orar, mentalmente, asombrada de haber salido con bien; mentalmente llamaba á su padre, á fin de que la defendiera, y el viejo inválido, sin saberlo, acudía al llamado, aparecía-se en el centro mismo de la tentación, que destruía con sus armas mohosas y sin filos: sus arrugas y canas, sus músculos atrofiados de semiparalítico, sus bendiciones de la vispera ó de aquella mañana, las cuales, á pesar de la distancia, amparaban á la doncella, huérfana de madre y de amores, la libertaban de caer en medio del arroyo y caída quedarse para siempre...

Fama es que aquella noche, padre é hija, insomnes por causa idéntica, bendijeran cada cual á su modo, el arribo de Salvador Arteaga: Carolina, porque con él acababan los peligros que de tanto tiempo atrás la acechaban sin tregua, y, porque finalmente, realizaba su idilio, medio marchito, supuesto que á hombre viudo se daba, mas, de todas maneras, idilio, es decir, el complemento de su juventud hasta entonces incompleta y estéril, por no haberlo realizado. Luego, que viudo y todo, sobrábanle á Salvador atractivos masculinos con que impresionar á cualquiera mujer y hacerse amar, mucho, cual Carolina que-

F. GAMBOA

rialo, cual habíalo querido desde los principios del asedio, durante los cuales—y precisamente porque la chica reconocíase esclavizada y sin voluntades,—le cobró un miedo doble: de que percatándose él de aquella pasión naciente, que crecía y crecía á modo de semilla bien sembrada en tierra fértil, abusara del predominio, ó de que ella no opusiera al conquistador la resistencia que oponerle debía—en acatamiento de sus creencias piadosas y para no romper su honesto vivir,—en tanto no se esclarecieran las intenciones con que la perseguía; miedo que subió de punto al cerciorarse de la rectitud de éstas, porque entonces careció de fuerzas para negarle nada, por culpa del amor de los principios—ya muy crecido y lozano—y por culpa del agradecimiento de ahora, la inmensa gratitud de que Salvador no hubiera explotado esa fragilidad ni destruido el ensueño tan dulce, tan consolador, que en más de una noche conservó entre sus labios, mezclado á palabras de gracias que no llegaba á formular, al candente dejo de los cuantos besos que el artista le robaba y ella dejábase robar—aunque comprendiendo lo que al precipicio sin fondo se acercaba con consentir el robo,—pues á la hora de su fugaz perpetración, el cuerpo entero temblábale y tenía que cerrar los ojos que no distinguían á las claras los hombres ni los objetos, el camino del bien ni el camino del mal; tenía que asirse á las espaldas robustas de Salvador para no desmayarse en el sitio; de Salvador, que, sin duda, también sentiría cosas extrañas, por lo que las pupilas le llameaban y la vez se le enronquecía, por lo que suavemente le apartaba el rostro y más suavemente le descansaba la cabeza encima de su pecho duro, de varón fuerte y arrepentido de no haberse dominado, él, que de estas cosas sabía más que ella:

—¡No me dejes besarte—al oído susurrábale,—no me

RECONQUISTA

beses tú, pobrecita de mi alma, que no puede uno saber dónde paran los besos!...

Y durante unos minutos permanecían así, unidos y callados, bajo los árboles que ennegrecía la noche. Tales arrebatos consumábanlos siempre al cruzar la Alameda, ó el diminuto parquecillo de San Fernando, ó al ir saliendo de la Alameda de Santa María, á punto ya de despedirse en sus regresos á pie desde el centro de la ciudad. Permanecían así, esperando serenarse, esperando á que pasaran esas inopinadas tempestades internas que los arrojaban á uno en los brazos del otro, exponiéndolos hasta á que los sorprendiera algún guardián ó algún transeunte, exponiéndolos á que de veras alguien averiguara y supiera en dónde pueden parar los besos...

De suerte que, ya que el pobre viejo aprobaba los amores y el próximo enlace en proyecto, Carolina velaba inmóvil, y veía que Salvador se acercaba, se acercaba, y embriagándola con millares de aquellos besos, que ahora no eran peligro, sino permitido deleite infinito, llevábasela, vestida de blanco, amante, dichosa, pura...

No tan sonrosados fueron los pensamientos que á don Florentino le arrebataron su indispensable sueño de viejo. Don Florentino consideraba el asunto desde muy diversos puntos de vista: ante todo, desde el del dolor que originábale saber y palpar que su hija amaba al fin y que, por consiguiente, la perdía sin remedio, antes de que él concluyera de marcharse de esta vida tan ingrata, á la que no debía sino sinsabores y penas que habíalo aniquilado primeramente que los años y reduciéndolo á esa su condición de inválido é inútil. Y aunque tiempo llevaba de aguardar la noticia, al de verdad llegarle, experimentó encono contra su hija y odio contra quien se la arrebatara.

ba tan por completo. Porque no se forjaba ilusiones, ¡era demasiado anciano!, y bien sabía que el mal de amor de que también en su época padeciera, barría de los corazones todos los demás afectos, ¡todos!, para reinar cual soberano absoluto, á reserva de extinguirse de súbito, sin causa ni motivo aparente, y dejar llena de cicatrices y dolores la entraña en que anidó: la eterna historia, hoy amamos, *sentimos* que nos aman, pero ¿podemos asegurar que mañana continuarán amándonos, que continuaremos amando nosotros?... Esta incertidumbre—que á él salióle tan cara cuando de un golpe lo abandonaron y le estrujaron su corazón crédulo y enamorado, que así le quedó, hecho un guiñapo desde entonces, palpitándole irregularmente, torpemente, con sacudidas y pausas, como oscilan y palpitan los guiñapos que cuelgan de las ruinas, al irregular compás de los vientos que los mecen y golpean,—esta incertidumbre, amenazante, hizole variar de rumbos, aplacar el instantáneo encono contra su hija y deponer el odio á ese yerno que ni siquiera conocía. Sus egoísmos naturales de enfermo y de padre, replegábanse, los replegaba él, mejor dicho, á los desvanes enormes en que ocultamos, dentro de nosotros, lo que no nos convendría que vieran los prójimos de que habemos menester y que gratuitamente suponemos nos estiman. Poco restábale que vivir á don Florentino, y Carolina, en cambio, hallábase á los comienzos floridos y peligrosos de la vida, agravados de su pobreza extrema y de su belleza nada común, las que, asociadas, labrábanle un porvenir sombrío y tristísimo: concluir de recorrer la senda inevitable, sin más guarda que su misma belleza ni más sostén que su pobreza misma, guarda y sostén ciegos, corruptibles, fáciles... El, don Florentino, por letrado, por viejo y por sin ventura, sabía de coro los riesgos por los que milagrosamente Ca-

rolina había atravesado sin novedad; los riesgos de la calle y del trabajo, los de la soledad y la desesperanza, los de la tentación y la tristeza, los de las malas amistades y los consejos peores; esa batalla implacable de los hombres agrupados en contra de la mujer sola, de los ricos contra los pobres, de los fuertes contra los débiles, que casi siempre alcanza parecido resultado: ¡el triunfo de los hombres, el triunfo de los ricos, el triunfo de los fuertes!... ¿Qué habría hecho él, á ver, qué habría hecho si su hija hubiese dejado de tornarle, después de una de sus diarias salidas al trabajo, ó si, engañándolo—¿cómo cerciorarse de la verdad?—le hubiese vuelto mancillada y sin dicha? ¿Con qué brazo, desde su sillón de parálitico, habría vengado la afrenta y procurado la reparación? ¿Con qué boca habríala maldecido, caso que maldiciones y no consuelos mereciese, si ella lo alimentaba por esa boca maldiciente y le mantenía su cuerpo inservible, que se desmoronaba?... Temblando de sólo imaginar lo posible que ello había sido, y siéndolo continuaría á menos un hombre la prometiera honesto y amante arrimo, don Florentino venció sus egoísmos, y, honradísimamente, elevó muda acción de gracias á aquel desconocido que le salvaba á su hija de las orillas de la sima á que en derechura caminaba por joven, por bella y por desvalida; y desde el cuartucho indigente, desde el catre humilde en que su hija había arrojado como á un niño, el anciano se incorporó trabajosamente, y—á par que Carolina, pensando en Salvador, veía que se la llevaba vestida de blanco, feliz, enamorada, pura,—con su brazo flaco y titubeante, que los parpadeos de la lámpara veladora perfilaban fantásticamente en las sombras de la estancia, bendijo á la pareja en marcha triunfal hacia el amor y hacia la vida, y él se abatió en el catre humilde, de cara

al muro, agotado de emoción y del esfuerzo, camino de la muerte y del sepulcro en que ya podría descansar, necesitado de reposo, pero sonriendo de llevar consigo esa última visión terrena: ¡la salvación de su hija!

Esta propia noche, Salvador, en la cervecería, bebió más que de ordinario y más que todos, azorando al grupo, por su acritud contra Dios y las cosas divinas, por sus escepticismos acerca de las mujeres. Solo creía en el Arte y en sus dos chiquillas:

—Tú las conoces, y tú, y tú, ¿no es cierto?—les preguntaba á los íntimos, —conoces á Evangelina y á Magdalena... ¿Mi muerta?... ¡Bah! polvo, nada, la ceniza de mi cigarro!... ¿Las virtudes de las que se van, los amores de las que después nos salen al paso?... Me río yo de virtudes y de amores ¡es un fenómeno puramente subjetivo!... ¡Nó, no marcharse, no dejarme!... ¡Mozo! ¡mozo!... ¡tráenos otras cervezas!

Y entre las espumas que de su copa derramaba antes de apurar la blonda bebida teutona, se le escaparon proyectos, escribiría un libro, un gran libro que superaría á los cuadros de él y á los cuadros de muchos.

V

Lo que sucede siempre que se rompe el culto resorte que mantiene unida á una familia.

Evangelina, ya mayor de quince años, condújose en el casi altercado que por su matrimonio en proyecto sostuvo con Salvador, no como una muchacha de las de su edad, y de buen grado sometida al yugo paterno, sino como mujer hecha y derecha que defiende su causa, y al defenderla, revela que no ha de ceder un ápice. Al pronto, Salvador echó la cosa á broma, sin creer que nunca pudiera llevarse á efecto:

—¿Con que te casarás, eh?... Y si yo, en lugar de consentirlo, te mando á que sigas jugando á las muñecas, ¿qué harías?...

—No jugar á nada y tratar de convencerte, según tratándolo estoy, de que serías injusto si no consintieras...

—Y si á pesar de tus argumentos, que no valen nada, ¡no te me crezcas!, yo no consintiera, y te demuestro en cambio que una criatura cual tú no debe, ¡no, señor!, no debe ni pensar en casorios, ¿qué compostura le damos al negocio?... ¡Mire Ud. que es osadía decirme á mí, una hija mía que no sabe aún dónde tiene las narices, que ha resuelto matrimoniarse con Perico el de los Palotes, y todavía venir á pedirme mi consentimiento!... Pues no me da la gana ¡ea!, y ya que te enserías, adviértote que no consiento siquiera ni que vuelvas á hablarme de disparate tamaño ¿me entiendes?... ¡Aprende á tu hermana, que